

DIA VEINTINUEVE.

San Saturnino, obispo y mártir.

CELEBRA la Iglesia galicana á San Saturnino, como á uno de sus mas illustres mártires. Acompañó á San Dionisio Areopagita para la conquista de este reino, que habia de ser el escudo de la fé, el asilo de la virtud, y el protector de la Iglesia. Desde Arlés, donde se separaron, pasó nuestro santo á Tolosa, donde halló los ánimos mas dispuestos para recibir el Evangelio que en Carasona. En poco tiempo juntó un pequeño rebaño que seguia la ley de Jesucristo; por lo cual erigió una Iglesia al lado del Capitolio, en la que predicaba la divina palabra, administraba los sacramentos, y ofrecia á Dios el santo sacrificio de la Misa. Cuando le pareció que aquella tierna Iglesia podia permanecer sin su asistencia

determinó llevar mas adelante sus conquistas. Dejó en Tolosa á San Papoul para que continuase en el ministerio apostólico, y él pasó á Pamplona, donde con la eficacia de su predicacion, la multitud de sus milagros, y la santidad de su vida, convirtió cuatro mil personas. Tambien tiene por cierto la santa Iglesia de Toledo, que llegó hasta aquella ciudad su ardiente celo por la salvacion de las almas.

Dos años permaneció el santo en Pamplona, donde obró tantas maravillas, que un gran número de idólatras se convirtieron á la fé de Jesucristo. En este tiempo se suscitó en Tolosa un sedicioso tumulto en que padeció martirio San Papoul, y luego que supo esta novedad Saturnino, juzgó que era necesaria su presencia en aquella ciudad, para que aquella Iglesia, que habia quedado sin pastor, no fuese devorada por los lobos carniceros. Llegó á Tolosa, y halló todo el pais cubierto de turbacion, terror y tristeza por la muerte de su santo prelado. Luego que vieron á Saturnino, cobraron los fieles nuevos alientos, y con tal caudillo no temian los insultos de los paganos. No podia ir á la Iglesia de los cristianos sin pasar por el Capitolio, donde estaba el templo de sus ídolos, y luego callaron los oráculos, y se desvanecieron todos sus prestigios.

Admirados los sacerdotes de los ídolos á vista de aquel silencio, y despues de muchos discursos, les pareció que los viajes que hacia Saturnino por delante del Capitolio, eran la causa de

que enmudeciesen sus idólos. Esto mismo los podía desengañar, formando naturalmente este discurso: «El Dios de los cristianos hace enmudecer nuestros dioses, solo con la presencia de su siervo: luego es mas poderoso que ellos.» Así parece que debian discurrir; pero no lo hicieron: antes bien, para reparar el honor de sus dioses, que consideraban ultrajados, determinaron sacrificarles por víctima á San Saturnino. Pasaba el santo, segun su costumbre, por el Capitolio para ir á la Iglesia de los cristianos, y aprovechando la ocasion se echaron sobre él, y le condujeron al Capitolio.

Al punto le rodeó una multitud de idólatras, y quisieron obligarle á que ofreciese á sus dioses sacrificio. El santo les respondió con mucha serenidad y gracia: «Yo me guardaré bien de adorar y temer á los que me temen y respetan: no reconozco mas que un solo Dios verdadero, al que ofrezco cada dia sacrificio. Vuestros idólos son unos infelices demonios á los que vanamente ofreceis la sangre de animales, ó por mejor decir la muerte de vuestras almas.» Irritados aquellos ánimos, se escitó en el templo un gran tumulto, y en un instante se vió cubierto de heridas nuestro santo. Un sacerdote de los idólos le atravesó una espada por el cuerpo. Despues le ataron por los pies á la cola de un toro feroz que habian traído para sacrificarle. Para irritar mas al furioso bruto le agarrochaban. La ensangrentada fiera despeñóse por las altas gradas del Capitolio, y dió tan terrible golpe la cabeza de

Saturnino, que saltando los sesos espiró en el mismo instante, pasando al reino de Dios, que tanto habia dilatado en la tierra. Prosiguió el indómito animal arrastrando el cuerpo del santo, dejando esparcidos sus despedazados miembros; habiendo llegado fuera de los arrabales se rompió la cuerda á que estaba amarrado, y allí se quedó el glorioso cadáver. Los cristianos de Tolosa no tuvieron valor para levantarle; pero una señora acompañada de su criada fueron al campo, recogieron los miembros esparcidos, y encerrándolos en una caja de madera los enterraron ocultamente. Con el tiempo se descubrieron estas preciosas reliquias, las que hoy se conservan en una rica urna de oro y plata, que costó la piedad y magnificencia de Tolosa.

San Conancio, obispo de Palencia.

De este glorioso prelado dice San Ildefonso que gobernó la Iglesia de Palencia despues de Murila. Fue varon respetable por su gravedad y modestia exterior, mucho mas por el peso y madurez de su juicio, y sobre todo esto, por las grandes virtudes en que resplandeció con edificacion de sus ovejas y de todo el reino. Floreció en tiempo de San Isidoro; ambos concurrieron al Concilio IV de Toledo. Aun Conancio sobrevivió á Isidoro, pues asistió al concilio VI de Toledo, y consta que dos años antes habia muerto Isidoro. Fue obispo desde el año 609 ó el siguiente en que murió Witerico, hasta el de 639 ó el

siguiente en que falleció Chintila; y así alcanzó los reinados intermedios de Gundemaro, Sisebuto, Suintilá y Sisenando. Fue Conancio muy sobresaliente en la elocuencia sagrada. Compuso para los oficios eclesiásticos algunos himnos y otros varios metros y prosas; y también la música con que se habían de cantar, acomodada á la letra y al decoro del templo. Escribió también un tratado de oraciones ó sermones adaptados á los salmos segun se cantan en el oficio.

MARTIROLOGIO.

La vigilia de San Andrés apóstol.

El tránsito de los santos mártires Saturnino y viejo, y Sisinio, diácono, en Roma, en la vía Salaria, en el imperio de Maximiano; los cuales despues de haber sido mortificados en una larga cárcel, por mandato del prefecto de la ciudad fueron estendidos en el pótro, heridos con palos y escorpiones, tostados con hachas encendidas, y últimamente bajándolos del pótro fueron degollados.

San Saturnino, obispo, en Tolosa, el cual en tiempo de Decio fue cogido por los gentiles en el Capitolio de aquella ciudad, de donde arrojándole las escaleras abajo se le estrelló la cabeza y le saltó el cerebro, y hecho su cuerpo pedazos entregó su alma á Dios, de quien era digna.

La Pasion de los santos Paramon y 375 compañeros, en tiempo de Decio y del presidente Aquilino.

San Filomeno, mártir, en Ancira, que en la persecucion del emperador Aureliano, por mandato del presidente Félix, probado con fuego y despues hincán-

dole clavos en las manos, en los pies, y últimamente en la cabeza, alcanzó la corona del martirio.

Los santos mártires Blas y Demetrio, en Veroli. Santa Iluminada, vírgen, en Todi.

La Misa es en honor de S. Saturnino y la oracion la siguiente.

Oh Dios, que nos concedes celebrar con alegría el dia en que tu bienaventurado mártir y pontifice Saturnino nació nueva vida en el cielo, concédenos también los auxilios que te pedimos por sus merecimientos. Por nuestro Señor, etc.

La Epístola es del cap. 12 de San Pablo á los romanos.

Digo, pues, por la gracia que me ha sido dada, á todos los que están entre vosotros: que no sepan mas de lo que conviene saber sino que sepan con moderacion, y segun la medida de la fé que repartió Dios á cada uno. Porque así como en un cuerpo tenemos muchos miembros y no todos los miembros tienen el mismo oficio, de la misma manera entre muchos hacemos un cuerpo en Cristo, y cada uno es miembro del otro.

El Evangelio es del cap. 10 de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos: No penseis que he venido yo á poner paz en la tierra: no he venido á poner paz sino espada.

Porque he venido á separar el hijo del padre, y la hija de la madre, y la nuera de la suegra. Y los enemigos del hombre son los de su casa. El que ama á su padre ó á su madre mas que á mí, no es digno de mí. Y el que ama al hijo ó á la hija mas que á mí, no es digno de mí. Y el que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí. El que halla su vida, la perderá: y el que pierde su vida por mí, la hallará. El que recibe á vosotros, á mí me recibe: y el que me recibe á mí recibe al que me ha enviado. El que recibe á un profeta como profeta, recibirá el galardón de profeta: y el que recibe á un justo á título de justo, recibirá el galardón de justo. Y cualquiera que á uno de estos pequeñitos como á discípulo diese de beber un solo vaso de agua fresca, en verdad os digo no perderá su galardón.

REFLEXIONES.

A todos sin escepcion os advierto que no os estiméis mas de lo que es razon, ni os tengais en mas de lo que sois. A todos sin escepcion alguna, nos encarga el apóstol la humildad, que es el fundamento y corona de todas las virtudes, y la que les da su solidez y esplendor. El mas elevado tiene necesidad de ser humilde, porque el que anda por sitios muy altos, tiene peligro de que se le vaya la cabeza. Es necesario tambien al hombre mas infimo, para que sufra con humildad los desprecios. No siempre los mas humillados, suelen ser los mas humildes. La demasiada

merced que cada uno se hace á si mismo es el origen comun de todos los disgustos que se padecen.

MEDITACION.

De los motivos particulares para una conversion pronta y efectiva.

Punto primero. Considera que el motivo de convertirse si uno no se convierte, es un nuevo motivo de condenacion. Conozco que tengo necesidad de convertirme. Para esto gritan los desórdenes de mi vida, los hábitos viciosos, las malas confesiones, y las frecuentes recaidas. No quisiera morir sin convertirme, y muchas veces he pensado en ello: ¿pues por qué no lo haces luego, supuesto que ahora tienes mas facilidad? Quanto mas lo dilate mas me costará, y mayores dificultades tendré que vencer. ¿Pues por qué no te conviertes hoy, y será para ti el dia mas afortunado, porque es el de tu salvacion? Mira no sea este el último dia de tu vida, y el primero de tu condenacion eterna. ¿Y será posible que yo dilate mi conversion despues de estas reflexiones?

Punto segundo. Considera que para convertirnos, tenemos al presente unos medios que quizá no volveremos á tener. Para la conversion es menester tener tiempo, gracia y voluntad de hacerla. Ahora tengo este tiempo, tengo salud, tengo esta gracia, pues Dios me la está ofreciendo.

¡Oh Dios mio! tened misericordia de mí: quiero eficazmente convertirme desde este mismo punto: dignaos otorgarme esta gracia.

JACULATORIAS.

Desde este momento comienzo, Señor, á emprender una nueva vida: roconozca la mano del Altísimo en la mudanza que experimento. (Ps. 76.)
Convertidme vos, mi Dios, y yo me convertiré. (Jerem. 34.)

PROPÓSITOS.

Es cierto que todos tienen necesidad de convertirse, ninguno quisiera morir antes, y no obstante son pocos los que se convierten ¡Puede haber mayor locura! ¿Cuántas veces has dicho que te habías de convertir y hasta ahora no ha llegado el caso de tu conversion? No la dilates por mas virtuoso que seas, porque necesitas de reforma. Si eres pecador, comienza desde luego á convertirte: vete á la Iglesia, ó enciértrate en tu oratorio, y á los pies de un crucifijo detesta tu vida pasada. Resuélvete á hacer una confesion general y busca luego un santo, sábio y prudente confesor. No lo dilates para otro dia, porque un asunto de tanta importancia toda dilacion es peligrosa.

DIA TREINTA.

San Andrés, apóstol,

LA ciudad de Bethsaida en Galilea, tan conocida por los milagros y predicacion de Cristo, como tambien por aquella maldicion que fulminó contra ella por no haber obedecido su divina palabra ¡Ay de tí Corozaim, ay de tí Bethsaida! fué la pátria de nuestro santo. Oyó un dia á San Juan Bautista, que señalando á Cristo con el dedo, decia: *Ves allí el Cordero de Dios*; y al punto, Andrés y otro compañero suyo, de cuyo nombre no se hace mencion en el Evangelio, comenzaron á seguirle. El Salvador del mundo volviéndose hácia ellos, les preguntó: *¿A quién buscáis?* Bien sabia este Señor que le buscaban, impelidos de su divina gracia; pero quiso que ellos descubriesen el motivo interior de su alma. Respondieronle: *Maestro, ¿dónde habitais Vos?* Jesu-

cristo les replicó: *Venid y vereis*. Ambos le siguieron y estuvieron con él todo día. Pero como la caridad debe comunicarse, luego dió noticia Andrés á su hermano Pedro de aquel precioso tesoro y le condujo á presencia del Salvador del mundo; de suerte, que de alguna manera somos deudores á San Andrés de tener al apóstol San Pedro, á quien constituyó Jesucristo por Vicario suyo en el gobierno de la universal Iglesia.

Estando un día Pedro y Andrés pescando en el mar de Galilea, les dijo el Señor: *Venid en pos de mí, que yo los haré pescadores de hombres*; y al punto dejaron las redes, su barco, y el oficio, siendo los primeros que fueron llamados al apostolado. Después que predicó San Andrés en la provincia de Judea, corrió las de Tracia y el Epiro, venciendo los trabajos del ministerio apostólico, como que habia recibido las primicias de la divina vocación. Visitó la Scitia, la Capadocia, la Galacia, la Bitinia, cerca del mar Negro. Pasó despues á la Albania, dilatando el imperio de Jesucristo, y destruyendo el del príncipe de las tinieblas. Luego que ilustró estas provincias con las luces de la fé entró en Patrás, ciudad de la Acaya, y continuó predicando el Evangelio. Era Ejeas procónsul de la provincia, y partió en diligencia á Patrás para impedir los progresos de la fé y mantener el culto de sus falsos dioses. Inflamado Andrés en apostólico celo, pasó inmediatamente á verse con el procónsul y le habló en estos términos: «Razon seria, oh Ejeas, que pues tienes poder para

juzgar á otros hombres, reconocieses al Juez que te ha de juzgar á tí y á todos: que reconociéndole, tributases á su soberana grandeza el respeto que se le debe; y que rindiéndole el culto de suprema adoracion, en lugar del sacrilego incienso que ofreces á esas mentidas deidades, las tratases con soberano desprecio.»

Atónito el procónsul al oír semejante discurso, le preguntó: «¿Con que tú eres aquel Andrés que hace profesion de destruir los templos de nuestros dioses, y de predicar una nueva religion, proscrita por las leyes del imperio?» «Esas leyes, replicó Andrés, las promulgaron unos principes que no conocieron el gran misterio de nuestra Redencion, ni cómo el Hijo de Dios desarmó las potestades del infierno, rompiendo las cadenas de nuestra esclavitud, para restituirnos á una gloriosa libertad.» «Con todo eso, repuso el procónsul, ese que tú llamas Hijo de Dios, no pudo impedir que los judios le prendiesen y le hiciesen espirar ignominiosamente en una Cruz.» «Es cierto, replicó el apóstol, que en una cruz espiró; ¿pero dónde hay cosa mas gloriosa que la Cruz? En ella murió por nuestro amor, y por redimir de la culpa á todo el género humano.» «Poco importa, dijo Ejeas, que hubiese sido crucificado por su voluntad, ó contra ella: basta que lo hubiese sido para que no merezca ser adorado. ¡Buena traza de reconocer por Dios á un hombre que murió en un madero!» Entonces esplicó el santo apóstol al procónsul los principales misterios de nuestra religion.

Ejeas, como no comprendia cosa alguna de estas sagradas verdades, dijo al apóstol que dejara aquellas palabras vanas, y que tratase de adorar á los ídolos. Entonces el sagrado apóstol hizo aquella gran confesion de fé que sirve de tanto honor al cristianismo. «Yo, dijo, ofrezco todos los dias al Omnipotente Dios, no la carne, ni la sangre de animales, sino el cordero sin mancha, que fué sacrificado en la cruz: todo el pueblo se sustentia con su carne y sangre, y despues se queda tan entero como antes: tan vivo permanece el Cordero despues de sacrificado, como lo estaba antes del sacrificio.»

Irritado el procónsul de este discurso, mandó que le llevasen á la cárcel. Al dia siguiente hizo que compareciese delante de su tribunal, y le amenazó con el suplicio de la cruz si no sacrificaba á sus dioses. El santo le respondió con una cristiana indignacion. «¿Hasta cuándo has de persistir en tu ceguedad y obstinacion? ¿Pienzas que temo los tormentos con que me amenazas? Antes bien los deseo con ardor; y has de saber que ninguna cosa me aflige mas, que verte tan distante de los caminos del Cielo. Ten entendido, que quanto mas padeciére, mas preciosa será la corona que el Señor me tiene preparada: y quanto mas imite sus tormentos, seré mas digno de sus divinos agrados.» Ejeas dió orden para que le azotasen inhumanamente, y despues compareció en su presencia nuestro apóstol, manifestando en su cuerpo las señales de este suplicio. Hablóle pues de este modo: «No

debo temer el tormento de la cruz que me preparas: porque á lo mas puede durar uno ó dos dias, siguiéndose á él la recompensa de una gloria eterna: lo que temo es, el tormento terrible de las penas del infierno en que vas á precipitarte, que jamás han de tener fin, y siempre serán las mismas.

Viendo Ejeas que nada adelantaba con nuestro santo, le sentenció á que muriese en la Cruz. Gritaba el pueblo: ¿qué delitos ha cometido este varon justo para una sentencia tan inicua? El santo apóstol, levantando la voz, mandó al pueblo que no impidiese su martirio. Luego que vió la cruz en que habia de ser ajusticiado, exclamó con el mayor gozo: «Salve, oh santa Cruz, que fuiste consagrada por el cuerpo de mi Señor Jesucristo que descansó en tí. Antes que muriese en tus brazos este amable Salvador, eras ignominiosa y terrible; pero despues que espiró en ellos el mismo Dios, estás llena de delicias y de gloria. Hoy vengo lleno de gozo para que me recibas como discipulo de mi divino Maestro, que pendiente de tí redimió al mundo. ¡Oh amable cruz, que fuiste lecho doloroso de mi Señor, rey de la gloria! ¡Oh cruz, por quien tanto suspiré, y que con tanto ardor apetecí! ¡Oh Cruz, que continuamente busqué! Recíbeme con benignidad; restitúyeme á mi divino Maestro, para que tenga la dicha de pasar desde tus brazos á los del Señor que me redimió.»

Luego que llegó á la Cruz le amarraron á ella con cordeles, como lo habia mandado el pro-

cónsul. Permaneció dos dias en aquel estado, exhortando á los fieles á perseverar en la fé, y á despreciar los tormentos momentáneos de esta vida para alcanzar la eterna gloria. El pueblo escitado de la paciencia y valor del santo, se irritó contra Ejeas, el que temiendo un alboroto prometió que le haria quitar de la Cruz. Con efecto, pasó al lugar del suplicio para practicarlo; pero luego que los verdugos se acercaban á la Cruz no podian mover los brazos. El santo apóstol levantando entonces la voz, hizo á Dios la siguiente súplica: «No permitais, Señor, que baje de la cruz vuestro humilde siervo, ya que le hicisteis la gracia de que fuese puesto en ella por la confesion de vuestro santo nombre: dignaos de recibirme en vuestras manos. En vos soy todo lo que soy: ya es tiempo de que vuelva á unirme á vos, que sois el centro de mis deseos, y el objeto de todas las amorosas ánsias de mi amante corazon.» Luego que acabó de pronunciar estas palabras, le rodeó una luz celestial, cuyo resplandor no se podia sufrir, y al paso que se iba disminuyendo se desprendia del cuerpo su bendita alma: y al desaparecer aquella claridad abrió el santo los ojos á la eterna luz. Fué su martirio el dia 30 de noviembre del año 63, en el imperio de Neron. Su cuerpo fué conducido á Roma, y sus reliquias se veneran en la iglesia del Vaticano.

MARTIROLOGIO.

El tránsito del apóstol San Andrés, en Patrás, en Acaya, el cual predicó el Evangelio de Cristo en Tracia y Scitia. El procónsul Ejeas le prendió y le puso en la cárcel, y despues de haberle azotado atrocmente le mandó crucificar, permaneciendo vivo en la cruz por espacio de dos dias enteros, desde donde enseñaba al pueblo: y rogando al Señor que le dejase morir en ella, fué rodeado de un gran resplandor del cielo, y desvaneciéndose esta luz, entregó su espíritu.

La pasion de los santos Cástulo y Euprepes, en Roma.

Santa Maura, virgen y mártir, en Constantinopla.
Item Santa Justina, virgen y mártir.

San Troyano, obispo, en Saintes, varon de eminente santidad, el cual sepultado en la tierra manifiesta por sus muchos milagros que vive en el cielo.

San Constancio, confesor, en Roma, que oponiéndose generosamente á los pelagianos, padeció de parte de ellos graves persecuciones, por lo cual mereció ser contado entre los santos confesores.

San Zosimo, confesor, en Palestina, esclarecido por sus milagros y santa vida en el imperio de Justino.

La Misa es en honor de San Andrés, y la oracion la que sigue.

Humildemente, Señor, rogamos á tu Magestad, que así como tu apóstol San Andres fué predicador y gobernador de tu Iglesia, así sea para

contigo perpétuo intercesor nuestro. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 10 de San Pablo apóstol á los romanos.

Hermandades: con el corazón se cree para alcanzar la justicia, y con la boca se confiesa la fé para alcanzar la salud. Por eso dice la Escritura: Todos los que creen en él, no serán confundidos. Porque *en esto* no hay distincion entre judíos y gentiles, pues uno mismo es el Señor de todos, rico para todos los que le invocan. Porque todos los que invocaren el nombre del Señor, serán salvos. Mas ¿cómo invocarán á uno en quien no creen? ¿Y cómo creerán en uno del cual no han oido hablar? ¿Y cómo oirán hablar de él sin quien se lo predique? ¿Y cómo se lo predicarán si no son enviados? Conforme está escrito: ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la buena nueva de la paz, de los que anuncian los bienes! Mas no todos obedecen al Evangelio; que es lo que hizo decir á Isaias: Señor ¿quién ha dado crédito á lo que nos ha oido predicar? Luego la fé es de lo que se ha oido, y se ha oido por la predicacion de la palabra de Cristo. Mas digo yo: ¿Por ventura no la han oido? Si por cierto: por toda la tierra resonó la voz de ellos, y las palabras de ellos llegaron hasta las estremidades de la tierra.

El Evangelio es del cap. 4 de San Mateo.

En aquel tiempo, andando Jesus junto al mar de Galilea, vió dos hermanos, Simon, que se llama Pedro, y Andrés su hermano, echando la red al mar (porque eran pescadores) y les dijo: Seguidme á mi, y os haré pescadores de hombres. Ellos al punto dejando las redes, le siguieron. Y pasando adelante vió otros dos hermanos, Santiago el hijo de Zebedeo, y Juan su hermano, en un barco con su padre Zebedeo remendando sus redes; y los llamó. Y ellos dejando luego las redes y al padre le siguieron.

REFLEXIONES.

Todo aquel que invocare el nombre de Dios se salvará. Aquí atribuye el apóstol la salvacion á la oracion; porque es este el frecuente principio de la caridad. Es tambien el ejercicio casi continuo de la religion, porque asi como la oracion honra al Señor, reverenciando á su bondad y á su poder, asi tambien humilla al hombre para que conozca sus miserias, y alcance los auxilios necesarios. El mérito de la oracion es grande, segun el oráculo divino, y el que cree firmemente que será oido, ciertamente lo será: luego si la oracion no es oida, es porque se hace mal, porque se reza, pero no se ora.

MEDITACION.

De la vocacion á cierto estado de vida.

Punto primero. Considera que en nuestra vocacion debe Dios tener la mayor parte. Esta es aquel estado de vida que queremos abrazar, y regularmente depende de él nuestra salvacion ó condenacion. ¿Se consulta acaso el parecer y voluntad de Dios cuando se trata de tomar un estado de vida, especialmente en el mundo, aunque todos convengan en que es el mas peligroso? Por lo comun no se atiende para esta eleccion á otros principios que á ciertas máximas del mundo, establecidas en él con presuncion de las leyes.

Punto segundo. Considera cual es el origen de que se vean el dia de hoy tan pocos cristianos en el verdadero camino de la salvacion, ó de los que están en él adelantan tan poco, y no hagan progresos considerables en este camino. La causa es, porque muchos no están en el estado adonde los llamaba Dios, ó porque son pocos los que se dedican á cumplir, como debieran, con las obligaciones de aquel á que Dios los llamó. Cada cual quiere vivir á su modo, y segun su natural inclinacion. Los que profesan vida retirada, ó hacen que el mundo los busque, ó ellos van á buscar al mundo; pero siempre con especiosos pretextos. Los que la profesan activa, presumen de contemplativos, y pretenden que la pereza y

la haraganería parezcan devocion. Cada uno quisiera ser lo que no es, y pocos se dedican á ser, como debieran, lo que son.

Señor, toda mi seguridad se funda en la sincera voluntad que tengo de santificarme dentro de mi estado, y en la confianza que coloco en vuestra infinita misericordia y en vuestra divina gracia.

JACULATORIAS.

Concededme, Señor, aquella sabiduria que siempre está presente á tu soberano trono, y no quieras descontentarme del número de tus hijos. (*Sap. 9.*)

Guardaré, Señor, tus santos mandamientos, como no me abandones enteramente, y como me fortalezcas contra mi propia flaqueza. (*Psal. 118.*)

PROPOSITOS.

Consiste toda la felicidad del hombre en esta vida y en la otra, en que sea fiel al estado en que Dios le llamó, y que viva en él como Dios quiere que viva. El que falta á alguna de estas dos obligaciones, perturba el órden y la economia de la divina Providencia. Es constante que Dios nos crió para su gloria: pero este Señor determinó á cada uno aquel estado en que quier la solicitase, proporcionándole los talentos y gracias correspondientes á tal estado, dándole tambien fuerzas para vencer sus dificultades y peligros, atendiendo á la fragilidad humana, á

sus pasiones, alcances é inclinaciones. Infiere pues, de esto, de qué importancia es seguir los soberanos designios de la Providencia. Por nada has de suspirar tanto, como por no apartarte nunca de ellos. Aplícate á la oracion, y consulta para saber la voluntad de Dios; mayormente cuando se trata de la eleccion de estado, y de cumplir fielmente con sus obligaciones.

DE LO CONTENIDO EN EL MES DE NOVIEMBRE.

La fiesta de Todos los Santos, pá- gina 5.—Martirologio, 10.— Meditacion: De la fiesta de To- dos los Santos, 15.	Dia I.
La Conmemoracion de los fieles difuntos, pag. 18.—Martirolo- gio, 23.—Meditacion: De la ca- ridad con las almas del purga- torio, 27.	Dia II.
Los innumerables mártires de Zaragoza, pag. 30.—San Ma- laquias, obispo y confesor, 32. —Martirologio, 40.—Medita- cion: De la renuncia de todo lo que se ama por amor á Je- sucristo, 43.	Dia III.

INDICE

DE LO CONTENIDO EN EL MES DE NOVIEMBRE.

<i>Dia I.</i>	La fiesta de Todos los Santos, pá- gina 5.—Martirologio, 10.— Meditacion: De la fiesta de To- dos los Santos, 15.
<i>Dia II.</i>	La Conmemoracion de los fieles difuntos, pag. 18.—Martirolo- gio, 23.—Meditacion: De la ca- ridad con las almas del purga- torio, 27.
<i>Dia III.</i>	Los innumerables mártires de Zaragoza, pag. 30.—San Ma- laquias, obispo y confesor, 32. —Martirologio, 40.—Medita- cion: De la renuncia de todo lo que se ama por amor á Je- sucristo, 43.